

JOYCE CAROL
OATES

UNA HERMOSA DONCELLA



No existe miedo más primitivo que el miedo a que no nos amen y no nos protejan.

La vida de Katya Spivak, una adolescente de dieciséis años, cambia el día en que conoce a Marcus Kidder. Esa mañana de verano ha salido a dar un paseo por las refinadas calles de Bayhead Harbor con los dos pequeños que tiene a su cargo, cuando se le aproxima un elegante y canoso caballero de apariencia inofensiva e incluso agradable. Su preciosa casa, los libros infantiles que ha escrito, su música clásica, las maravillosas obras de arte de su estudio, los generosos regalos que él le hace: la vida del señor Kidder no puede ser más distinta de la monótona existencia de Katya en el entorno obrero de su hogar, ni más tentadora. Sin embargo, con el correr de los días, algo cambia de forma casi imperceptible. Ella sabe lo que hay en juego: él la desea pero, ¿qué es lo que quiere en realidad de su «hermosa doncella»? Y ¿hasta dónde llegarán ambos para alcanzar sus metas?

La crítica ha dicho

«Este libro debería venir con un aviso del Ministerio de Sanidad para quienes padecemos de una cierta predisposición a los nervios... Un suspense extremo que te cala hasta los huesos desde la primera frase.» JOHN HORDER, *Islington Tribune*

«Un cuento de hadas moderno para una era demasiado dispuesta a entender que la vida rara vez ofrece finales felices... Con esta obra de ficción tan intensa y que tanto incita a la reflexión, Joyce Carol Oates vuelve a demostrar que, entre los novelistas actuales, es ella la musa-hada inspiradora.» LUCY BERESFORD, *New Statesma*

«Lo que nos hace regresar una y otra vez a los mundos de Oates es su ingenioso don de hacer de la página una ventana, y de situar al otro lado algo que hubiéramos jurado que no era sino la propia vida.» DAVID GATES, *The New York Review of Books*

«El universo de Oates es el nuestro... Su capacidad para urdir una trama no tiene parangón.» JANE SMILEY, *The Washington Post*

«Una novela maravillosa... En este libro hay algo evocador: aunque tiene lugar a la brillante luz del pleno verano, tan sólo se halla a un paso de ser una historia oscura, gótica, fantasmagórica, y sin embargo poblada por unos persona-

jes que no dejan de estar bien vivos.» VIRGINIA BLACKBURN,
Daily Express

«Con tintes de una Lolita de cuento. Oates posee una gran habilidad para elevar de forma progresiva la tensión conforme Katya se va viendo atraída al siniestro universo de Kiddler, y nos mantiene en vilo hasta el final.» DAVID EVANS,
The Independent

«Joyce Carol Oates es una de las más grandes escritoras del último medio siglo... Una leyenda viva de la literatura.» DANIEL MARTÍN, *La República*

Para Jeanne Wilmot Carter

Así, despacio, despacio, vino ella,
y despacio se acercó a él.
Y lo único que dijo cuando llegó:
«Joven, creo que te estás muriendo».

Balada de Barbara Allen

Primera parte

1

Inocentemente. Así comenzó. Cuando Katya Spivak tenía dieciséis años y Marcus Kidder sesenta y ocho.

Por la Ocean Avenue de Bayhead Harbor, Nueva Jersey, en medio del espeso letargo de final de la mañana, Katya paseaba en su silla al bebé de diez meses de los Engelhardt y llevaba de la mano a la hija de tres años, Tricia, por delante de la sucesión de tiendas deslumbrantes y maravillosas por las que era famosa la avenida —Bridal Shoppe, Bootery, Wicker House, Ralph Lauren, Lily Pulitzer, Crowne Jewels, Place Setting, Pandora's Gift Box, Prim Rose Lane Lingerie & Nightwear— cuando, mientras se detenía a contemplar el escaparate de Prim Rose Lane, sonó una voz inesperada en su oído:

—¿Y si pudieras escoger, si pudieras cumplir tu deseo?

Lo que advirtió fue la pintoresca expresión, *tu deseo. Tu deseo*, como en un cuento de hadas.

A sus dieciséis años, era demasiado mayor para creer en cuentos de hadas, pero sí creía en lo que podía prometer una agradable voz masculina que le preguntaba cuál era «su deseo».

Con una sonrisa se volvió hacia él. En Bayhead Harbor, siempre era conveniente empezar con una sonrisa. Porque a lo mejor conocía a esa persona, que había estado siguiéndola, manteniéndose a su altura en la periferia de su visión, sin adelantarla como hacían otros peatones cuando se entretenía delante de los escaparates. En Bayhead Har-

bor, donde todo el mundo era tan cordial, lo natural era volverse hacia un desconocido con una sonrisa, y le desilusionó un poco ver que el desconocido era un hombre mayor, educado, de cabello blanco, con chaqueta de algodón a rayas de color melón maduro, camisa informal blanca, impecables pantalones blancos de pana y zapatos náuticos también blancos. Tenía los ojos de color azul acero, con unas arrugas causadas por décadas de sonreír. Como una figura romántica en un musical de los viejos tiempos de Hollywood —¿Fred Astaire? ¿Gene Kelly?—, incluso se apoyaba en un bastón de ébano tallado.

—¡Bueno! Estoy esperando, querida. ¿Cuál es tu deseo?

En el escaparate de Prim Rose Lane había expuestas unas prendas tan íntimas y sedosas que parecía muy extraño que cualquiera que pasara pudiera verlas, y todavía más inquietante que otros pudieran darse cuenta. Katya estaba observando una camiseta de encaje rojo y unas bragas a juego —de seda, sexis, ridículamente caras—, que llevaba puestas un elegante maniquí rubio y delgado con un rostro bello y vulgar, pero lo que señaló fue un camisón de muselina blanca con un ribete de satén, de estilo victoriano, en un maniquí que representaba una chica con trenzas.

—Ése —dijo Katya.

—¡Ah! Un gusto impecable. Pero no estarías mirando otra cosa, ¿verdad? Como he dicho, querida mía, puedes elegir.

Querida mía. Katya se rió, vacilante. Nadie hablaba así; en la televisión, en el cine, quizá. «Querida mía» se utilizaba como algo pintoresco y cómico. «Qué joven eres y qué viejo soy yo. Si lo reconozco y hago una broma, ¿saldré ganando?»

Se presentó como «Marcus Kidder, residente veraniego de toda la vida en Bayhead Harbor». También eso lo dijo en un tono jocosos, como si el nombre de Kidder fuera sin duda una broma.^[1] Pero su sonrisa era tan sincera y su actitud tan cordial, que Katya no vio inconveniente en decir su

nombre, aunque de forma abreviada: «Soy Katya. Trabajo de niñera». Con una pausa, para sugerir lo tonta y degradante que era la palabra *niñera*; la odiaba. Estaba todo julio y agosto, hasta Labor Day,^[2] trabajando para un matrimonio llamado Engelhardt, de Saddle River, Nueva Jersey; los Engelhardt acababan de hacerse una casa en New Liberty Street, sobre uno de los canales del puerto.

—¿Quizá los conoce? ¿Max y Lorraine? Son miembros del club náutico de Bayhead Harbor.

—No creo —dijo el señor Kidder con una expresión educada pero desdeñosa—, si tus jefes pertenecen al enjambre de gente nueva que se multiplica por la costa de Jersey como las chinches.

Katya se rió. Al digno señor Kidder los Engelhardt le caían tan mal como a ella, y ni siquiera los conocía.

¿Acaso iba a ofrecerse a regalarle el camión? Daba la impresión de haberse olvidado de él, algo por lo que Katya se sentía aliviada y vagamente desilusionada.

Aunque no le cabía ninguna duda de cómo habría reaccionado: «¡Señor Kidder, gracias pero no!».

—Bueno, me tengo que ir —dijo Katya, empezando a alejarse—. Adiós.

—Yo también. En esta dirección.

De modo que el señor Kidder empezó a andar junto a Katya por Ocean Avenue, hablando animadamente con Tricia, que era una niña tímida, aunque en ese momento no tanto, fascinada por aquel anciano encantador de pelo blanco, que, para una niña de tres años, podía ser un amigo o conocido de sus padres. Ahora, en la sucesión de escaparates, Katya veía dos reflejos, el suyo y el del alto y canoso señor Kidder. Uno pensaría: ¡qué pareja tan atractiva! Katya sonrió con la esperanza de que los transeúntes imaginaran que iban juntos, tal vez que eran familiares. Pensaba en lo raro que era ver a un hombre de la edad del señor Kidder que fuera tan alto, por lo menos un metro ochenta y siete. Y qué porte tan digno tenía, qué erguidos llevaba los

hombros. Y su ropa... era ropa cara. Y ese impresionante cabello blanco, suave y ondulado, que se levantaba hacia los dos lados desde una frente alta. Tenía la piel arrugada como un guante ligeramente aplastado en la mano y un poco hundida bajo los ojos, pero no más, pensó Katya, que sus propios ojos llenos de ojeras cuando tenía que levantarse a duras penas temprano de la cama tras una noche de insomnio. En cambio, el rostro del señor Kidder estaba lleno de color, como si la sangre latiera justo debajo de la superficie. Parecía ser mucho mayor que el padre de Katya, pero creía que no tanto como su abuelo: ese limbo aterrador en caída libre en el que las edades concretas dejan de importarles a los jóvenes. Para los jóvenes no existen grados significativos de *viejo*, como no existen grados de *muerto*: o lo estás, o no lo estás; o eres viejo, o no lo eres.

Katya advirtió que el señor Kidder hacía un pequeño gesto de dolor mientras caminaba con su bastón. Y, sin embargo, quería entretenerla y les contó a Tricia y a ella que tenía una rodilla derecha «nueva, cien por cien de plástico inorgánico»:

—¿Habías oído hablar alguna vez de algo tan asombroso?

Katya respondió:

—Claro. La gente puede comprarse rodillas nuevas, caderas, corazones, pulmones, si tiene dinero. Las cosas no tienen por qué agotarse, si uno es rico. Tricia vivirá hasta los ciento diez años. Sus padres cuentan con ello.

Katya se rió y el señor Kidder también. Exactamente de qué, ninguno de los dos lo habría podido decir.

—¿Y qué me dices de ti, querida Katya? ¿Cuánto esperas vivir?

—¿Yo? No mucho. Quizás hasta... los cuarenta. Eso es suficiente —la joven habló con descuido, incluso con un escalofrío de repugnancia. Su madre tenía más de cuarenta años. No tenía ningún deseo de parecerse a ella.

—¡Cuarenta es demasiado joven, querida Katya! —protestó el señor Kidder—. ¿Por qué dices algo así?

Parecía verdaderamente sorprendido, con un tono de reproche. Pero Katya sintió que era un reproche cálido, muy distinto a la fría desaprobación de su familia. «¡Katya es una deslenguada! Está pidiendo un tortazo.»

—Porque tengo malos hábitos.

—¡Malos hábitos! No me lo creo —el señor Kidder frunció el ceño, intrigado.

Por qué ella hablaba a veces así, Katya no tenía ni idea. «La boca dice lo que el oído quiere oír.»

Porque quería impresionar a ese hombre, quizá. Halagada por el interés que mostraba en ella, aunque suponía a qué se debía, o a qué podía deberse; pero, por alguna razón, no creía que fuera por eso. Los hombres mayores la miraban con frecuencia —el señor Engelhardt la observaba con una media sonrisa distraída—, pero aquello era diferente. Katya no podía decir por qué, pero estaba segura.

Ahora estaban delante del lujoso escaparate de Hilbreth Home Furnishings, la tienda de muebles, y el señor Kidder le tocó ligeramente la muñeca.

—Y en este escaparate, Katya, ¿qué escogerías, para tu hogar soñado?

Hogar soñado. Otro término pintoresco que le aceleró el pulso a Katya.

La primera vez que había contemplado el escaparate de Hilbreth, Katya había sentido una punzada en el corazón: una pizca de desolación, resentimiento, disgusto, indignación contra quienes se compraban esas cosas tan caras para sus caras viviendas, y una envidia infantil. Pero ahora, ante la bienhumorada pregunta del señor Kidder, miró el escaparate con una ligera sonrisa de emoción. ¡Qué muebles tan elegantes, tan austeros, tan angulares! No había sofás ni sillones cómodamente mullidos, ni tejidos de chintz brillante, casi ni color. Predominaba el cromado, y había elegante cuero negro, mesas bajas de madera tallada, pesa-

das superficies de cristal ahumado. Abundancia de cojines de color trigo, alfombras lisas y monótonas, enormes lámparas de mesa y esqueléticas lámparas de pie que no parecían necesitar bombillas... En Vineland, Nueva Jersey, que era el pueblo de donde venía Katya, más hacia el interior, en la zona llena de matorrales de Pine Barrens, no se veían objetos ni remotamente parecidos a aquéllos, sólo cosas blandas, amorfas y sin gusto, sofás sucios y desvencijados, sillas de vinilo gastadas, mesas con encimeras de formica.

—Para cualquier cosa de este escaparate —dijo Katya, sonriendo para que sus palabras no resultasen sarcásticas— necesitaría una casa especial.

Con una sonrisa ambigua a su vez, el señor Kidder dijo:

—Tal vez eso podría solucionarse.

Katya sintió un escalofrío. Aunque el señor Kidder bromeaba, por supuesto, vio brillar su propio reflejo en el llamativo escaparate como una figura de cuento de hadas en el agua.

El señor Kidder no había preguntado adónde llevaba Katya a los niños, y Katya tampoco se lo había dicho. Pero él no pareció sorprenderse cuando Katya cruzó Chapel Street, y luego Post Road, ni cuando empujó la sillita hacia Harbor Park. Allí, Tricia solía dar de comer a las ruidosas aves acuáticas durante veinte minutos o así y, si las circunstancias eran apropiadas, se relacionaba con otros niños en el parque. Había media docena de cisnes, numerosos gansos de Canadá que paseaban su gordura, batallones de gansos más pequeños y ánades reales que meneaban sus traseros llenos de plumas cuando se acercaban corriendo a comer. A Tricia le encantaba arrojar trozos de pan a las aves; era, junto a las salidas diarias a la playa, uno de los mejores momentos de su jornada. A Katya enseguida había empezado a desagradarle «dar de comer a los gansos», que parecía despertarles todavía más hambre en vez de satisfacerla y hacía que las aves se pelearan entre sí de manera cómica pero brutal y demasiado humana. En Harbor Pa-

rk, gran parte de la hierba cercana al lago estaba llena de excrementos de pájaros; el lago, en realidad, era un estanque grande, medio seco en verano. Otras niñas —la mayoría de ellas, hispanas y mayores que Katya— llevaban a niños blancos al parque a arrojar trozos de pan a las ruidosas aves; Katya había empezado a conocer de vista a algunas. Como si llevara meses yendo a Harbor Park, en lugar de menos de dos semanas.

Katya dio a Tricia pan para las aves y le advirtió que no se acercara demasiado a ellas. Mientras la niña se alejaba excitada, el señor Kidder, mirándola, dijo:

—Uno desearía que se quedaran siempre en esa edad...

Hablaba en tono sentimental, apoyado en su bastón.

Katya respondió:

—No. Odiaba ser tan pequeña, odiaba ser tan débil. Me daba miedo; los adultos eran altísimos.

—¿Y ahora ya no te parecemos tan altos?

—Sí. Los que importan. Y sigo teniéndoles miedo.

—¿Miedo de *mí*, querida Katya? Espero que no.

Katya se rió. Si aquello era un flirteo —y parecía un flirteo—, no se parecía a ningún otro de su experiencia: ¿con un hombre lo bastante viejo como para ser su abuelo? (aunque, en realidad, muy distinto del abuelo paterno de Katya, encorvado y tembloroso por toda una vida de consumir alcohol). Con la intención de escandalizarle un poco, dijo:

—¿Sabe qué me gustaría en este momento? Un cigarrillo.

—¡Un cigarrillo! Yo no te lo voy a dar.

Había empezado a fumar cuando tenía doce años. Uno de los malos hábitos de Katya.

Había comenzado en secundaria. Si una era chica y guapa, los chicos mayores le proporcionaban cigarrillos y otros artículos de contrabando: porros, pastillas, cerveza. A Katya no se le ocurría fumar en presencia de los niños de los En-

gelhardt, desde luego. No se atrevía a fumar en ninguna circunstancia en la que pudieran verla sus jefes ni alguien pudiera contárselo, porque, en su entrevista, la señora Engelhardt le había preguntado si fumaba y Katya le había asegurado que no. Y que no bebía. («Bueno, sólo faltaría», fue la remilgada respuesta de la señora Engelhardt.)

Con tono melancólico, el señor Kidder dijo que él había fumado muchos años:

—Un hábito deplorable y delicioso, como todos los hábitos que son peligrosos para nosotros —sonrió, como si fuera a decir algo más sobre este interesante tema pero se lo hubiera pensado mejor—. ¡Ahora, querida Katya! Me duele pensar que fumes tú, tan joven. Una chica tan atractiva, de aspecto tan saludable, con toda tu joven vida por delante...

Katya se encogió de hombros.

—Quizás es por eso. Todo eso que me queda por delante.

Katya volvió a pensar que había escandalizado a aquel hombre, que le había alterado. Su conversación, que parecía tan caprichosa, informal, imprevisible y espontánea, como los gritos de los niños cuando echaban pan a los patos, estaba en realidad siguiendo un rumbo más profundo, más deliberado, como una corriente subterránea que, desde la superficie, es imposible de detectar. Y, mientras tanto, Katya meneaba con suavidad la silla en la que iba atado el bebé, una acción rítmica inconsciente que hacía que el niño le dedicara una sonrisa húmeda, como amorosa. Fácil de confundir con amor, pensó Katya.

En Vineland, Katya cuidaba a niños con frecuencia, incluidos los hijos de su hermana mayor, y había llegado a la conclusión de que no quería tener hijos propios, jamás. Pero aquí, en Bayhead Harbor, donde los hijos de los residentes veraniegos estaban tan valorados y desprendían un glamour inesperado, había tenido que replanteárselo.